

**CUENTO N° 84**

**TÍTULO: JACOBO EL PASTOR**

**SEUDÓNIMO: YSACIO**

**AUTOR: EDWIN PERCY BINDA COMPTON**

## JACOBO EL PASTOR

Desperté ansioso, con una sed incontenible. Estaba todo en penumbra, casi en oscuridad, pero a través de pequeñas hendiduras en los destartados postigos con rendijas de las aún existentes ventanas, se veía la luz del amanecer. Mi pequeña figura, de solo algo más de media vara, aumentada por una peaña circular que sostenía mi cuerpo haciéndolo algo mayor, se veía desolada.

Un largo letargo luego de despertar me impedía moverme. Me vi tendido en un irregular horizonte de tierra, piedras y escombros. Al fondo, de lo posible de visualizar, se observaba un fogón extinto de carbón y leña sin consumir. Era el amanecer en esa pequeña casa olvidada y casi en ruinas.

Quise moverme nuevamente, pero me fue imposible, tendido y recostado de costado, pude apreciar que aún vestía mi pobre indumentaria de pastor de lejanas tierras que apenas podía recordar: camisa amplia blanca, chaqueta corta marrón, calzones a media pierna azules con amplia faja del mismo color que se cruzaba en mi cintura a modo de amarre, calzas pastoriles de cuero que se alzaban hasta las rodillas, y cubriendo mi cabeza, aún se sostenía mi pajizo sombrero alón de cúpula alta. Así mismo se mantenía inalterable en mi hombro derecho el morral de haces de trigo que representaban mi ofrenda.

No cabía duda del deterioro del paso del tiempo y el maltrato sufrido a mi figura toda estropeada y maltratada con faltas notorias de trozos de yeso y con

grandes pérdidas de mis colores originales. Pensé también en esos momentos dramáticos en mis fieles amigos pastores como yo: Josepho e Ysacio... ¿Qué sería de ellos?

Volví nuevamente a ese estado letárgico de sueño e insomnio en un tiempo indefinido.

¿Cuánta desazón, con velocidad relativa, discurría entre ese estado u otro? Imposible de determinar- No soy presente: represento solamente el pasado en un extraño momento, no solo mío, sino de un gran acontecer sucedido en tiempos remotos y que quisiera recordar siempre como un presente perpetuo.

Múltiples veces participé en ese magno acontecimiento a los pies de un maravilloso retablo que levantaba Misia Dolores en su pequeña capilla de la hacienda de su propiedad, que administraba con rigurosidad, sobriedad y estilo tan propio del siglo XIX...

En la capilla destacaba el retablo de madera de luminosa blancura que cubriera el muro testero principal de la pequeña nave. Su riqueza ornamental que lo acompañaba, se distinguiría por sus columnas doradas, tallas y adornos múltiples, como también por sus aplicaciones de imitados y coloridos mármoles. La santería que lo incluía ya sea de yeso o tallas de madera iluminada, se ubicaba en hornacinas en las diversas calles y alturas. Todo ello acompañado por ángeles alados y alegres querubines que exaltaban el conjunto como una representación del paraíso celeste, que, de manera sacramental

y escondida, se hacían presente en la celebración de la Santa Misa de Navidad, haciendo visible aquello que los fieles no podían ver.

En la calle central y principal y en el segundo piso del retablo, destacaba la imagen de la Inmaculada Concepción, iluminada a su alrededor por múltiples y pequeñas linternas de cebo conformando una corona de brillante luz en todo su contorno, resaltando los tonos blancos y celestes de su vestir.

Haciendo de base al magnifico conjunto, en el podio del retablo y al centro, se ubicaba la Santa Mesa del Altar a cuyos pies se ubicaba el pesebre de gran porte.

Todo me hizo recordar también lo maravilloso de la ceremonia que hiciera en esos tiempos Fray Luis, celebrando el Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo en la cual yo participaba activamente con mis amigos Josepho e Ysacio, mi madre, padre y hermanos y al mismo tiempo, con nuestras ovejas de pastoreo, animales de carga y trabajo y con sus crías, formando una reunión de figuras heterogéneas de gran colorido, y perfumándose el ambiente con el heno recién cortado.

Luego se agregaban, al pasar el tiempo, tres sabios venidos desde lejanas tierras donde nace el sol y que, cansados de su largo viaje, revivían su ánimo al contemplar al recién nacido en su humilde pesebre junto a sus padres. Un cielo prístino indicaba siempre en esos días un esplendoroso futuro.

- Volví sin quererlo nuevamente a mi sueño de eterno reposo.

- Patrón: una figura curiosa de yeso apareció entre los escombros, parece ser un mendigo.
- Desperté nuevamente, esta vez sorprendido y a la vez asustado.
- Déjame ver- dijo un personaje alto de curiosa barba y de mediana edad, - lo llevo a casa y veremos de qué se trata, agregó.
- En mi fuero interno y con la mente aun conmovida por el reciente despertar y con la sensación de esa sed incansable y el ferviente deseo de volver a revivir el ser quien era, me deje llevar por una emoción irresistible.
- Miré a mi alrededor y vi con emoción mi antigua tumba de tierra, piedras y escombros que dejaba atrás y el prodigio de ser llevado nuevamente a una existencia que me pertenecía.
- Volví, a pesar de mi resistencia y de mi inextinguible sed, a dormirme en mi aparente eterno sueño para despertar nuevamente, esta vez en las manos de un atento y diestro restaurador.

Con delicadeza y decisión, me volvió en unas cuantas semanas a mi esplendor original. Completó mi figura de piezas faltantes, restituyó mis colores y animó con ello, al mismo tiempo, mi espíritu...

- ¡Volví a ser! - Al ser nuevamente recordé, mi misión de pastor cuando Dios vino al mundo.
- Recordé de pronto, como si todo lo anterior no hubiese ocurrido, los días maravillosos que, con mis compañeros de yeso, figuras magníficas y de gran nobleza, presenciáramos el gran acontecimiento. Volver a aparecer

nuevamente todos juntos formando un desfile fiel para la celebración de la Navidad en que participábamos años tras años con entusiasta alegría

- Pero....

- Hoy existo vivo y presente, dignamente colorido y gallardo y sonriente sobre un pedestal victoriano de noble madera y finamente tallado que me da una altura digna para ser admirado por mis finos rasgos, todo ello en un salón de esplendor. Un objeto decorativo del pasado. Una escultura rígida que recibe a los conocidos con gran prestancia...pero...pero...mí más íntimo deseo sería nuevamente participar en el magno acontecimiento que es el nacimiento de Jesús y con ello calmar mi eterna sed. Sé que no ocurrirá nunca...quizás jamás... yo seré así hasta siempre, un objeto digno de museo...

FIN